

AMBIOLOGOS DE AQUÍ

30 años: de la Facultad virtual a la prima de riesgo

Antonio Javier Lucio Calero

En este año 2012 se cumplen 30 años de mi promoción en la Facultad de Biología, una de las pioneras en algo que ahora es cotidiano: las universidades virtuales. Me explico. En aquellos años la Facultad de León era virtual, pero no porque se ofreciesen cursos on-line ni porque se colgase información en la nube; la cosa era más artesanal: no teníamos Facultad y recibíamos las clases hoy en la antigua Facultad de Veterinaria, mañana en la Escuela de Agrícolas, al otro en la Escuela de Minas; visto de otra forma, la Facultad éramos solo las



personas, lo que no deja de tener su enjundia. Cuando ya estábamos en 5º curso, tuvimos la oportunidad de estrenar la recién inaugurada Facultad de Biología que fue una de las primeras en instalarse en las campas, hasta entonces desiertas, de Vegazana.

Foto. A. Lucio, autor del artículo.

Y a pesar de los evidentes déficits de medios materiales, recuerdo aquellos años de la Facultad con el barniz de nostalgia positiva con el que tendemos a recubrir el pasado. Me licencié en el año 1982, y toda mi formación investigadora se realizó en el Departamento de Biología Animal bajo la tutela, primero, y la amistad, enseguida, de Pancho Purroy, a mi juicio una persona clave para la Facultad, además de un ejemplo de compromiso profesional y social.

Mi relación con la Facultad se prolongó durante casi 12 años, primero los cinco de carrera y luego la etapa de formación predoctoral; en ese período hay claros y oscuros, como cabe esperar en la vida de cualquier persona, pero el balance se inclina sin duda alguna hacia lo positivo. Hablar de “Facultad” es hablar de profesores, personal de administración y servicios y compañeros de estudios; muchos nombres se agolpan en mis recuerdos, tanto por su valor humano como por su contribución de una u otra forma a mi formación personal y profesional.

Nada más leer la tesina de licenciatura (sobre la población de avutardas



de León), me integré en un equipo liderado por Pancho y del que formamos parte un grupo de amigos cuya mejor virtud es seguir siéndolo hoy, pasados 30 años: Mario, Ordoño y Luis; ellos, junto con otros compañeros entrañables como Patxi e Isma, forman parte de una de las mejores etapas de mi vida. Conseguimos financiación para proyectos de investigación centrados en la fauna de vertebrados, singularmente en la gestión de poblaciones de especies cinegéticas, un terreno entonces vedado para los biólogos y monopolio de otras profesiones, y en el que nuestra llegada fue recibida con recelo por ser, no por estar, demasiado “verdes”. Además tuve la oportunidad de colaborar con otros proyectos del Departamento, como los estudios sobre oso pardo o urogallo, que me ayudaron a conformar una base de conocimientos que me serían muy útiles más adelante.

Leí la tesis doctoral en el año 1989 sobre gestión de poblaciones de perdiz roja, bajo la dirección de Pancho y, tras unos meses de depresión posparto, me lancé con mi colega y amigo Mario a la aventura empresarial. Montamos una empresa que hoy, 20 años después, ya bajo la única dirección de Mario y quizá precisamente por eso, sigue viva y en activo.

El paso por la Facultad consolidó en mí un interés por la investigación y la docencia que sigo manteniendo en la actualidad. En 1995 aproveché la ocasión de la oferta de una plaza de profesor titular en la Universidad de Valladolid, en concreto en la Escuela de Ingenierías Agrarias de Palencia que tenía recién implantada la titulación de ingeniero de montes; me presenté al concurso para la interinidad primero y a la oposición después, y logré obtener el puesto. Fueron nueve años enormemente enriquecedores y un ejemplo más de que la diversidad de enfoques y perfiles profesionales es siempre positiva. Aprendí muchísimo de mis alumnos de 5º de ingeniería de montes y confío que ellos también aprendieran algo del “biólogo”. Incluso en Palencia la presencia de León era intensa pues mis compañeros de área eran leoneses y de la Facultad: Luis Felipe, excelente profesional y persona ahora de vuelta a la docencia en León; Ángel (el rey de los alcaudones) y Merche (otra leonesa de la cantera de estupendos biólogos del Departamento de Biología Animal).

La Facultad también me marcó en otro aspecto; en ella conocí a principios de los 80 a Cristina, mi compañera desde entonces, también bióloga y que es la causa de que, ya a partir de 1990, gran parte de mi vida personal se haya desarrollado en Cantabria. El cansancio de una vida itinerante entre Palencia y Cantabria, me llevó en 2003 a presentarme, otra vez, a unas oposiciones, en este caso al Cuerpo Facultativo Superior de la Administración Regional de Cantabria. Y aprobé. Pedí la excedencia en mi trabajo universitario, al que echo de menos dos días de cada tres, y me instalé ya definitivamente en Cantabria.



Desde entonces mi labor profesional se ha dedicado a otra faceta de la conservación de la naturaleza: más tiempo dedicado a la planificación, a la organización de personal o la aplicación de las normativas. He trabajado durante seis años como Subdirector General de Biodiversidad del Gobierno de Cantabria y en la actualidad lo hago como Jefe del Servicio de Conservación de la Naturaleza, con un equipo multidisciplinar de biólogos, ingenieros de montes, ingenieros técnicos forestales y jurídicos que nos dedicamos a la gestión de espacios protegidos, especies amenazadas, caza y pesca continental. Y de vez en cuando vuelvo por unas horas al mundo universitario, tanto a la Facultad de León como a otras universidades, a participar en tribunales de tesis o en jornadas de diversa índole.

Escribía Edward O. Wilson en “La diversidad de la vida”: “Cada país tiene tres formas de riqueza: material, cultural y biológica. Las dos primeras las comprendemos bien porque son la sustancia de nuestra vida cotidiana. La esencia del problema de la biodiversidad es que la riqueza biológica se toma mucho menos seriamente. Este es un error estratégico grave, error que lamentaremos cada vez más a medida que el tiempo pase”.

En nombre de la riqueza material se han arrasado históricamente recursos culturales y naturales; hoy en día, para no soliviantar a la prima de riesgo se vuelve a considerar a la inversión en educación e investigación como un “gasto”, o a la conservación de la biodiversidad poco menos que una frivolidad. No quisiera que este artículo se limitase al relato de mis recuerdos y vivencias. Las circunstancias me exigen, espero que con la benevolencia de los editores, finalizarle reivindicando mi condición de funcionario público en nombre de tantos funcionarios ejemplares que he conocido a lo largo de mi vida en la Universidad y en otras Administraciones; reivindicando la educación pública que permitió que el hijo de un obrero pudiera realizar estudios universitarios; reivindicando la educación y la investigación como las armas de futuro de una sociedad; y, por supuesto, reivindicando la conservación de nuestra diversidad biológica como herramienta de progreso social y de justicia con las generaciones futuras.